

con toda liberalidad. Ustedes, señores, dispéñense, que yo protesto la enmienda.

Don Dionisio y doña Eufrosina procuraron complacer al confesor y al médico del mejor modo que pudieron, y se concluyó este acto interesante.



### CAPÍTULO XXIII

En el que se trata de la historia de Irene

No todo han de ser disgustos en esta vida; algunos ratos se han de consagrar á la alegría, y más cuando hay quién nos atice, como doña Eufrosina que se empeñó con Welster, pasados los días del luto, para que tuviera un día de diversión en su casa.

El angloamericano, que era muy político, no quiso que se pensara de él que era misántropo ni mezquino, y así dispuso el día de *frasca* que apetecía Eufrosina,

porque muchas veces los hombres hacen algunas cosas contra su gusto, por condescender con ajenos respetos.

En efecto, se citó este día deseado de Eufrosina y sus amigas, convidando Welster á unos por ceremonia y á otros por amistad, como lo hacen todos en tales casos.

Entre los convidados por amistad fueron el señor Labín, el coronel y su familia, el cura don Jaime y otros. Carlotita se presentó ese día con todo aquel lujo que le correspondía en su clase, sin degenerar en profano, porque no es necesaria la indecencia en las mujeres bien nacidas para parecer más hermosas de lo que son; mas para parecer coquetillas les es indispensable el descoco y la desnudez.

Jacobo Welster era muy fino y poseía la ciencia del mundo, ciencia útil y necesaria á todos, pero que no todos saben manifestar. Él y su esposa recibieron y trataron á sus convidados con la mayor atención y generosidad, sin particularizarse con ninguno donde pudieran ser notados del común de los concurrentes.

En esto me dieron una lección apreciable de sociedad y me proporcionaron un lugar para murmurar de aquellas gentes que cuando tienen una diversión en su casa hacen distinciones groseras entre los convidados, dedicándose á obsequiar á los más ricos con visible desprecio de los que no lo son, aunque éstos sean sus anti-

guos amigos y de quienes han merecido más cariño y más favores.

Estas cuitadas personas todas se atrojan, y no sabiendo cómo cumplir con las leyes de la adulación y de la amistad, faltan á las sagradas que ésta prescribe, por llenar las viles que aquélla impone.

Ordinariamente á los amigos y parientes se deja sin lugar en la mesa, sin contestación, y si se ofrece, sin comer, por obsequiar á las personas de cumplimiento. La disculpa con que palkan su ingratitud y su falta de ciencia de mundo es harto ridícula.

—Perdona, mi alma, dicen las mujeres á sus amigas ó parientas; perdona que no esté contigo, ya ves que está ahí el conde ó el marqués, el canónigo ó el cura fulano, y tú me has de dispensar porque *eres de casa*.

Á la sombra de esta fingida confianza tienen las visitas pobres que sufrir mil groserías y desprecios, hasta llegar á comer sobras, después que las convidan. La prudencia les alabo.

El americano Welster y su esposa habían aprendido con escritura la buena crianza y así á nadie señalaron. Sabían muy bien las dos reglas de política que se deben observar en estos lances, y así no quedaron mal ni notados de ninguno. Las reglas dichas son las siguientes:

1.<sup>a</sup> No convidar más personas que las que puedan colocarse en la mesa destinada al convite, con su corres-

pondiente cubierto, dejando algunos lugares vacíos para los que se introduzcan de parte del señor *coladilla* sin ser llamados, y á proporción de los platillos que se han de servir, sin dejar á los criados muertos de hambre en el día de banquete.

2.ª No particularizarse con ninguno, sino hacer á todos igual aprecio y tenerles iguales consideraciones.

Se encierran en dos estos preceptos y es fácil su cumplimiento en queriendo que se verifique.

Welster y su esposa los observaron. Ningún convidado comió fuera de la mesa, y en lo restante del día apenas se sentaron los señores, Jacobo por un lado y Carlota por otro, un rato con esta familia y otro rato con aquélla; con todos conversaban, á todos divertían y nadie tuvo ocasión para quejarse.

A la noche siguió el baile y todos se divertieron sin emulaciones ni etiqueta.

Como las diez de la noche serían cuando, estando bailando Carlota en una contradanza, entró una señora vestida de negro, con el velo echado en la cara y un bulto bajo del brazo, la cual, habiéndose detenido un corto rato en la puerta de la sala, luego que observó que Carlota no tenía que figurar en el baile, entró apresurada la tomó de un brazo, le habló dos palabras y se fueron á la recámara, ocupando otra señorita el lugar de Carlota.

Todos hicieron alto en esta novedad; pero ninguno

fué en su seguimiento. A poco rato salió Carlota sola, y continuó el baile hasta su conclusión, que fué á las dos de la mañana, sin que nadie supiera quién era la tapada; pero el lector es fuerza que lo sepa.

Al día siguiente fué Welster á casa del coronel, á tiempo que iba á almorzar con su familia: lo recibieron todos con expresión y le dieron asiento en la mesa para que los acompañara en el almuerzo.

Durante éste, le dijo doña Matilde:

—Por fin, ¿quién fué la tapadita de anoche? que cierto que nos dió algo en qué pensar su silencio, la hora y el extraño traje en que entró.

—Aventuras, señorita, aventuras, respondió Welster; sobre esto vengo á consultar al señor coronel. El caso es que la tapada es una joven de diez y ocho años, nada fea y bien nacida, según dice; se llama Irene, fué muy amiga de mi mujer en el convento, donde la pusieron sus padres para ver si olvidaba á un joven llamado don Jacinto, con quien ella quiere casarse. En efecto, después de seis meses de encierro, Irene fingió tan bien que ya había prescindido de su amor, que engañado su padre, la sacó y la llevó á su casa muy contento.

Ocho días hace que aún ignoraba Irene por qué motivo la habían sacado del convento; pero su padre la sacó muy presto de esta duda, diciéndole que le tenía

ajustado un ventajoso casamiento, del que jamás tendría que arrepentirse, pues el novio la quería mucho y era muy rico. Irene preguntó quién era, y se le respondió que don Cosme Santibáñez. Irene conocía bien al dichó don Cosme, como que visitaba su casa con frecuencia; y así, luego que oyó nombrar el sujeto á quien la destinaban, se contristó y no se determinó á hablar una palabra, porque temía el carácter furioso de su padre, quien no se metió por entonces en inquirir su voluntad, sino que lo dió todo por hecho y la dejó sola.

La pobre Irene inmediatamente procuró instruir á su amante de la resolución de su padre, y don Jacinto le contestó que si ella lo amaba de veras, no se casaría con don Cosme ni con un príncipe, pues para contraer matrimonio deben estar acordes las voluntades de los contrayentes; y así, que si ella quería mantenerse firme y cumplirle la palabra que le había dado de ser suya, no se casaría con otro aunque la matasen; pero que si se dejaba deslumbrar del interés y tenía intenciones ó deseos de ser rica, en este caso excusado era que le avisara, pues podía hacer lo que le estuviera mejor, aunque á él le costase la vida el perderla.

Irene recibió esta carta con la pena que se puede considerar y resolvió no casarse con nadie, á no ser con don Jacinto, y mucho menos con don Cosme, pues dice que es un viejo payo, muy barbaján, grosero y celoso;

pero como tiene dos buenas haciendas, ha alucinado, no sólo á su padre, sino á su madre y á su hermano, prometiéndoles á todos una ventajosa mudanza de fortuna, luego que se verifiquen sus bodas. Con esto, todos están interesados en que se case Irene con él, y aun cuando ella no manifestaba una declarada repugnancia, no dejaba de persuadirla á que verificara con gusto el enlace; de suerte que la infeliz Irene no tenía en su casa otra persona con quien desahogarse sino con una vieja que la crió, llamada nana Felipa. Con esta pobre lloraba y se quejaba amargamente.

Mientras esto pasaba, su padre no perdía tiempo para agitar el casamiento, como que tenía dinero á su disposición. Irene, que es muy cobarde á lo que entiendo, y teme mucho á su padre y al hermano, no hallaba modo como decirles que no quería casarse, y nana Felipa le aconsejó que se valiera de su confesor.

Lo hizo así Irene, y el buen sacerdote hizo también cuanto estaba de su parte, tanto para embarazar que se casara con don Cosme, cuanto para que el padre diera su permiso para que se enlazara con don Jacinto; pero todo fué en vano, porque don Lucas, que así se llama el padre de Irene, es un poco peor que mi difunto suegro.

El confesor de Irene le hizo ver que no debía ni podía violentar la voluntad de su hija para abrazar un estado que le era repugnante, ni ligarse con un hombre á